

No, no nos referimos a un equipo de futbol, sino a los felinos moteados y elegantes que parecen dulces pero enormes gatos. Es una especie en peligro de extinción, como lo refiere una entrevista de Patricia de la Peña Sobarzo, directora de *El faro*, boletín informativo de la Coordinación de la investigación científica de la Unam, con el doctor Gerardo Ceballos, investigador del Instituto de ecología de la propia Universidad:

“En peligro de extinción” es una idea que ha dejado de conmovernos. Se estima que en México, aproximadamente 1200 especies de vertebrados están amenazadas. Una especie menos no parecería impactar demasiado en nuestras vidas, pero no es el caso del jaguar.

Nocturno, solitario, territorial y majestuoso el jaguar (*Panthera onca*) es el felino depredador más grande y poderoso de la América tropical. Su nombre deriva de la palabra indígena ‘yaguara’, que significa ‘fiera que se sobrepone a su presa en un brinco.

Las culturas mesoamericanas consideraban al jaguar como un dios. Los olmecas le rendían culto, y entre los guerreros mexicas era un símbolo de valor. Para los mayas, cada mancha de su piel representaba una estrella y lo consideraban un dios, al que llamaban Balam.

El doctor Gerardo Ceballos, investigador del Instituto de Ecología, explica que el jaguar llegó a ocupar zonas desde el suroeste de Estados Unidos hasta el sur de Argentina. Pero la cacería y la destrucción de su hábitat han causado su desaparición en gran parte de esos territorios (y se la consider) en peligro de extinción en México, Centroamérica y parte de Sudamérica. En Estados Unidos, El Salvador, Uruguay y las áreas desarrolladas de la costa brasileña ya es sólo un recuerdo.

En México, el área original de distribución abarcaba vertientes tropicales del Pacífico y del Golfo, desde Sonora y Tamaulipas hasta Chiapas y la península de Yucatán. Hoy se ha perdido aproximadamente el 60 por ciento de esas áreas debido a la tala inmoderada, la expansión de la agricultura y la ganadería y el crecimiento de los centros urbanos. Por otro lado, el número de jaguares es mucho menor. En el siglo XIX llegó a haber entre 20 mil 25 mil en México, y actualmente se estima que hay cerca de 4 mil.

En la década de 1930 había en México alrededor de 22 millones de hectáreas de selvas altas, donde habitaba el jaguar, pero actualmente queda menos de un millón. ‘No solamente hemos destruido las selvas, sino que también las hemos fragmentado, lo que representa un serio problema para la preservación de esta especie’, precisa el doctor Ceballos.

Las presas de las que se alimenta también han disminuido o desaparecido, como los venados, los pecaris y tejones; y aun el hábitat, el bosque o la selva aparentemente esté bien, ya no tiene la capacidad para mantener un número suficiente de jaguares.

Ceballos advierte que el jaguar es para los biólogos como un foco rojo de alerta, pues su presencia (o ausencia) representa una especie de termómetro ambiental. En sitios donde aún habita, hay condiciones favorables, sin contaminación, con una cubierta vegetal fértil y con un número de presas de caza suficiente. En cambio, en aquellos lugares donde ha desaparecido significa que el equilibrio del ecosistema se ha deteriorado o prácticamente colapsado”

Para evitar la extinción de los jaguares, como parte de un proyecto encabezado por la Unam y en que participan 14 universidades, se levantará un censo que permita establecer con precisión cuántos ejemplares quedan en el país. También se conectarán reservas a través de corredores biológicos para que las crías ubiquen presas y fuentes de agua; y se trabajará con comunidades rurales para persuadirlas de “que conserven la selva en vez de destruirla, a través de programas de incentivos y apoyos gubernamentales”.